

## Accésit

Manuel Luque Tapia

### *La memoria, una hoguera en llamas*

*“Historia testis temporum, magister vitae”*  
(*La Historia testigo de los tiempos, maestra de la vida*)

Cicerón

*Recuérdalo tú y recuérdalo a otros*

Luis Cernuda



*La claridad del día está emponzoñada con las constantes explosiones, que van levantando infranqueables barreras de fuego y humo. Huele a sangre y a pólvora,* recuerda la abuela Consolación. Parece que la estuviera viendo sentada, encorvada, avillada sobre sí misma en la silla baja de anea, trajinando en la lumbre con el hurgón, intentando ordenar sus recuerdos para que tomaran forma.

En silencio, sin prisas. Maneja el atizador con habilidad maestra, con movimientos precisos remueve los rescoldos y aviva las ascuas, la costumbre guía su mano. Los troncos arden, levantado a su alrededor un inquieto cerco de luz en el que resplandecen, abrasadoras, aunque efímeras, pequeñas chispas que flotan ingravidas hasta que de súbito se desintegran. La abuela mantiene continuamente encendido el fuego, avivándolo cuando hay que avivarlo, atizándolo cuando hay que atizarlo, aireándolo cuando hay que airearlo. No obstante, ella tiene frío, siempre tiene frío, es un frío diferente embutido en el cuerpo del que nunca se deshizo y que la lumbre no alivia. Suelta un momento el atizador y se recoloca la toca negra de lana que se le ha desprendido un poco de los hombros.

Siempre, aún de pequeño, tuve la certeza de que la mirada de la abuela, iba más allá de las llamas, las traspasaba. De vez en cuando algún trozo de carbón crepita y salta en fragmentos, y entonces observa con detalle cómo las pavesas acaban convirtiéndose en cenizas entre las ascuas. Sus facciones son afiladas, sin duda han sido esculpidas a golpe de maza y escoplo, por dos ímprobos imagineros, el sufrimiento y el tiempo. No hay, sin embargo, en su rostro rastro alguno de maldad ni resentimiento, su piel

arroyada y seca como sus propias entrañas, asemeja la corteza de un árbol, donde puede leerse la historia de una vida dura gastada en criar sola a su prole. Sola y sin rencores, sola y sin palabras, templada y sin prisa, las manos frías llenas de tristeza, abre los ojos, mira las llamas y piensa en su vida como quien recuerda un poema, nostalgia que abriga el alma de sempiterna tristeza, dolorosa morfina para sobrevivir, éxtasis para ella, enredadera de recuerdos celosamente ocultos en el arcón de la memoria.

Ajena a todo, la abuela juega con el hurgón, que las llamas lamen y ponen al rojo; alguna vez presiona el fuelle, y de donde solo hay rescoldos renacen unas lenguas iracundas. *¡Cuántos murieron en aquella guerra! ¡Cuántos!*, recuerda la abuela. Recuerda cómo se hundían las bayonetas de los máuseres en la carne, cómo los soldados caían despedazados por los obuses. Recuerda sin que le tiemble el pulso, su rostro no se inmuta. Y ve entre las llamas los restos calcinados, los restos abatidos... recuerda la guerra.

La toca sobre la espalda y el delantal gris de cuadritos recogido sobre sus piernas, encandilada, contemplando el misterio del fuego, su belleza, permanece indiferente como si nada ni nadie existiera más allá de sus recuerdos y de aquel fuego incombustible. No habla, no dice nada, hace tiempo dejó de hacerlo. Todo pasa, nada permanece. Todo se consume, nada sobrevive en la pira del sacrificio. La abuela juguetea con el atizador y como respuesta a un recuerdo un movimiento brusco de su mano revuelve las ascuas. *Los hombres se matan unos a otros, toda la vida se rompe y se despedaza en un instante. No, ningún dios ordena holocaustos, ningún dios ordena genocidios, solo el hombre es capaz de exterminarse a sí mismo.*

*El río hace una curva en su recorrido para sortear el pueblo, a sus orillas crecen las cañas y los matojos, forman una red tan tupida que aprovechan las alimañas para acechar a sus presas. Se esconden, vigilan, espían al amparo de la noche al enemigo, esperan al amanecer para cogerlos desprevenidos y allí masacrarlos. Al fin podrán consumir su odio, hacerlo horror, convertirlo en venganza —recuerda la abuela, mientras el atizador se hunde en las cenizas—. Da igual qué guerra sea, el arma, da igual el momento, da igual el lugar, lo que cuenta es la muerte. Solo los nombres cambian, los muertos son siempre los mismos, las personas, sus sueños... Y es que la guerra roba la vida del que muere y la esperanza del que queda. En la pequeña hondonada agonizan de muerte los heridos en sus camastros de campaña. Otros morirán sin haber llegado a despertarse del todo, otros seguirán soñando sin saber que ya están muertos. Huele a sangre y a pólvora. La abuela recuerda.*

Reaviva el fuego con habilidad, en la silla baja de anea, a cada golpe de hurgón, a cada sacudida violenta de las llamas recuerda los fusiles disparando en las primeras horas del alba. *El canto de los gallos enmudece bajo el zumbido de los obuses, el silbido del viento desfallece, ahí está el rugir bronco de los tanques, la estridencia metálica de los bombarderos y el estruendo de las bombas, el bisbiseo de los cazas, el vertiginoso alarido de los kamikazes, el repiqueteo de las metralletas...*

La abuela recuerda. *Las ruinas, una aldea, una villa, un pueblo, una ciudad, una alquería, una choza, un palacio, un rascacielos. Da igual el lugar, siempre es igual, los ciudadanos duermen, se preparan para un nuevo día, pero quizá su mañana no existe, su futuro no existe, ellos no existen, sus labios se cierran para siempre, sus moradas se convierten en tumbas, sus pueblos en cementerios, sus ciudades en páramos desolados. Los hombres se transforman en residuos, en ruinas, en recuerdo, a lo sumo, en humus, la abuela recuerda a cada movimiento del atizador, observa, en su rostro se reflejan las llamas, en sus ojos claros la muerte. La aurora se desfigura tras una nube tóxica que huele a sangre y a pólvora.*

La leña arde en la chimenea, humea la madera calcinada de unos troncos que se desmoronan con el roce letal del hierro. La abuela piensa en la última batalla, en los últimos hombres exterminados. Con pericia se pasa el hurgón candente de una mano a la otra, empuñándolo y blandiéndolo como si lo enfrentara a un enemigo invisible retándole a la lucha.

Recuerda un hombre, que son muchos hombres a la vez, desangrándose por las múltiples heridas de la metralla. Recuerda un hombre abatido, que son muchos hombres, por un disparo certero en la cabeza. La abuela recuerda una guerra, la suya con la vida, mientras aviva el fuego, da aliento a los rescoldos mientras en la chimenea siguen abrasándose los maderos. *¡Cuántos murieron! ¡Cuántos!*, susurra fríamente entre dientes, sin inmutarse, sin que le tiemble el pulso. Ya nada le asusta, a nada teme.

Así recuerdo desde siempre a la abuela, su pelo cano y largo recogido cuidadosamente en un moño, sentada en su silla baja de anea, hurgón en mano avivando el fuego y la mirada perdida en el más allá, en silencio, inmutable, como si su expresión estuviese poseída por un feroz rigor mortis que la vaciaba el rostro de toda expresión, de todo indicio de vida, y es que todo le fue arrebatado.

Hace ahora veinticinco años que el gemido del bronce de un incesante doblar de campanas arrambló y asordó el silencio del poblacho, estremeciendo su sosiego, al tiempo que un rumor no paraba de correr de

boca en boca: *Ha muerto Consolación, la caramela*. Fue, como muchas otras, un icono de abnegación, lucha, entereza y sacrificio en el pueblo. Todos la querían. Pero a decir verdad la abuela murió de tristeza, de ausencia, de soledad, de pena, de impotencia, de añoranza, de desconsuelo y de horror, aquella nefasta mañana de agosto en que le arrancaron de su lado al abuelo Ángel, su ángel de la guarda, y se lo llevaron al barranco.

Apenas con las primeras claras del alba, aporrean la puerta de la casa, el abuelo Ángel sale a abrir, inocente, cree que nada ha de temer, pero la guerra no tiene lógica, no distingue el mal del bien. *¡Tú te vienes con nosotros!*, le espetan a bocajarro aquellos descerebrados con cara de guadaña, armados hasta los dientes. La abuela, descompuesta al escuchar el estrépito, baja rápidamente las escaleras. *¿Dónde lo llevan?*, pregunta atemorizada, pero no hay respuesta, no hace falta, lo tratan como bestia que va al matadero, a empujones lo suben al camión. No lo dejan despedirse de ella ni de sus hijos. La abuela observa desde la puerta de la casa, derrotada y temblando como nadie puede imaginar, cómo se aleja el camión de la muerte. La calle estaba desierta, parecía un pueblo fantasma, pero todos estaban atrincherados tras las celosías de los ventanucos y con las luces apagadas, todos fueron testigos mudos de la infame afrenta, de aquel sinsentido.

Pero la envidia y el odio tienen las raíces muy largas y lo que carecía de sentido para unos lo tenía para otros. Ya de mayores, mi madre supo que todo lo que ocurrió en aquel pueblo de señoritos y caciques se debió sencillamente al odio, al resentimiento, a una desquiciada venganza. Alguien no concebía que un vulgar barbero se hubiera quedado con la mejor hembra del pueblo, la chica más guapa y más hermosa, esa hembra de la que quiso beneficiarse el señorito donde servía, pero que se dio con un canto en los dientes. Fue entonces cuando la abuela abandonó la servidumbre de don Florencio y se casó con el abuelo, de quien estaba enamorada. Nunca se lo perdonaron. En aquella lista envenenada de nombres sentenciados por las fuerzas vivas del pueblo –caciques, guardias civiles, cura, juez de paz y otros–, aparte del abuelo, que tenía que pagar por la culpa de ningún delito, figuraban otros con culpas semejantes. Y es que paralelamente a la contienda bélica se desarrolló otra, la guerra vengativa, en la que entraban en juego otros muchos factores, aparte de los políticos: rencillas, rencores, venganzas, envidias, disputas, escarmientos. Fueron tiempos muy difíciles, la necesidad, el hambre, la miseria y sobre todo el miedo, acarrearón sumisión.

Mi abuela, como tantas y tantas mujeres, tuvo que tolerar tropelías sinnúmero, la pelaron al cero y la pasearon por el pueblo. Así que mientras unos en la escuela aprendían a dibujar, a escribir, a sumar y restar, mi madre y mis tíos, sin letras ni números, aprendían valores como la solidaridad, la bondad, la empatía, el sacrificio, el esfuerzo, el trabajo, el silencio y el miedo, aprendían a sobrevivir.

Aún hoy, veinticinco años después de su muerte, es raro el día que no la recuerde, sentada, encorvada sobre sí misma, en la silla baja de anea, le acaricio la espalda mientras trajina en la lumbre con el hurgón, intenta ordenar sus recuerdos para que tomen forma. *El mortal zumbido de las balas, una hilera de hombres al borde del barranco se desploma y caen dentro, ya para siempre. Juntos. Amontonados. Fuera, esposas viudas. Huérfanos hijos. Y todos ellos ahora, añorando millones de besos que ya nunca serán, sin regreso posible, porque alguien se creyó dios y les arrancó la vida. Huele a pólvora y a sangre,* recuerda la abuela aquella mañana maldita, piensa lo que pudo haber sido y no fue. No obstante, cada noche, a pesar de notar el frío de la ausencia, sé con certeza que el abuelo durmió a su lado, y al no poder acariciar su rostro se le rompería el corazón en mil pedazos y repetiría una y mil veces un *te amo* roto a golpe de plomo, mientras un porqué sin respuesta reverberó incansable hasta su muerte.

**Kielce**